

no tenga que curar una llaga cruel, ó en su familia ó en su fortuna., La guerra, una guerra incesante, es la causa de esos males. Es preciso que ceda el puesto á la paz. Los legisladores dicen esta verdad á Napoleón con miramientos infinitos: "El amor del honor militar y de las conquistas puede seducir á un corazón magnánimo, pero el genio de un héroe verdadero que desprecia una gloria comprada á expensas de la sangre y de la tranquilidad de los pueblos, encuentra su gloria en la felicidad pública que es su obra. La paz, la moral y la fuerza son el más firme sostén de los imperios., Toda la Francia repetía con el Cuerpo legislativo los votos que hacía por la paz. Los diputados de los departamentos suponen que esas son también las intenciones del emperador: "Tenemos por garantes de esos designios pacíficos, la adversidad, verídico consejo de los reyes, la necesidad de los pueblos, altamente expresada, y el interés mismo de la corona., El Cuerpo legislativo no quería una paz á toda costa; se limitaba á pedir "que no se continuase la guerra más que para la independencia del pueblo francés y para la integridad de su territorio., "Si la Francia se veía obligada á una guerra de independencia, sabría desplegar para el mantenimiento de sus derechos la energía, la unión y la perseverancia de las cuales había ya dado bastantes brillantes ejemplos. Unánime en sus votos para obtener la paz, lo será en sus esfuerzos para conquistarla, y mostrará una vez más al mundo que una gran nación puede todo lo que ella quiere, cuando no quiere más que lo que exigen su honor y sus justos derechos., (1).

Napoleón trató este voto tan justo, tan moderado, como una rebelión; ¡de tal modo había perdido la costumbre de oír la verdad! Conservó su ambición hasta la víspera de su abdicación. El Senado pronunció su destitución; en los motivos se lee que Napoleón había emprendido una sucesión de guerras, violando la constitución del año VIII, según la cual la declaración de guerra debía ser preparada, discutida, decretada y promulgada como una ley. Pero ¿quién fué el cómplice de esta violación de la constitución? El Senado. ¿Quién votó como una máquina las levadas de hombres, como se

(1) Informe hecho al Cuerpo legislativo por Saline el 18 de Diciembre de 1813 (*Histoire parlementaire*, de BUCHEZ y ROUX, tomo XXXIX, p. 451-458).

mandan unas cortas de árboles? El Senado. Damos poco valor á su tardía protesta: cobarde ante el emperador, hizo aún acto de cobardía proclamando su abatimiento. Hubo una manifestación más brillante de los sentimientos de la nación. El consejo municipal de París votó una declaración dirigida á los habitantes de la capital; se lee en ella: "Vuestros magistrados serian traidores hacia vosotros y la patria, si por viles consideraciones personales comprimiesen por más tiempo la voz de su conciencia. Les grita que debéis todos los males que os abruma á un solo hombre. El es quien todos los años, por medio de las quintas, diezma nuestras familias. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes ó amigos? ¿Por quién han muerto todos esos valientes? Por él y no por el país. ¿Por qué causa? Han sido inmolados, únicamente inmolados á la demencia de dejar detrás de él el recuerdo del más espantoso opresor que haya pesado sobre la especie humana... Ved ese vasto continente de Europa cubierto por todas partes de huesos de franceses confundidos con los de otros pueblos que nada tenían que ver los unos con los otros, que no se odiaban, que las distancias les libertaban de tener cuestiones y que no ha precipitado en la guerra más que para llenar la tierra con el ruido de su nombre. ¿Qué nos hablan de sus victorias? ¿Qué bien nos han hecho esas victorias funestas? El odio de los pueblos, las lágrimas de nuestras familias, la ruina de todas las fortunas, la viudez prematura de nuestras mujeres, la desesperación de los padres y de las madres á quienes de una numerosa posteridad no les queda ni la mano de un hijo para cerrarles los ojos., (1).

Hé ahí la expiación que los insurrectos españoles aumentaban á Napoleón. No es Moscow, no es Leipzig, no es Santa Elena, es la voz del pueblo proclamando que Napoleón es el autor de todos sus males. Se engañaba, sin embargo, como se engañan los que echan á otros la culpa de las desgracias que les hieren. ¿Quién dejó hacer el golpe de Estado del 18 brumario, año VIII? ¿Quién lo aplaudió? París y la Francia entera. La nación se entregó con un ciego entusiasmo á un hombre y lo invistió con la omnipotencia. Esto era legítimar de antemano todos sus extravíos, era provocarlos, por decirlo así. ¿No era el emperador el represen-

(1) LAMARTINE, *Historia de la Restauración*, lib. VI, § 30.

tante de la Francia? Lo que hacia la Francia, lo hacia con él. ¿De qué, pues, se quejaba? Si á los hombres no les gustase hacerse ilusiones, los Franceses hubieran debido decirse en 1813: "Sufrimos la pena de nuestra indiferencia que hemos tenido por la libertad y por las garantías que las consagran. Si hubiéramos mantenido las conquistas del 89, si hubiéramos dispuesto nosotros mismos de nuestro destino, no se nos hubiera enviado al matadero como viles rebaños.,

§ III.—La coalición.

N.º 1.—Las coaliciones contra el imperio.

En 1804, Gentz, el publicista de la coalición, escribió: "Todas las desgracias que ha sufrido la Europa, todas las que nos esperan aún, son el castigo, y es preciso decirlo, el justo castigo por haber sustituido con miserables miras de interés privado y de política menuda la causa sagrada del derecho., (1). Nada más cierto. Hemos dicho lo que fueron las coaliciones contra la república. Las que se formaron contra el imperio fueron igualmente egoístas. Los coligados no dejaron de invocar el interés general, la independencia de la Europa; concluyeron hasta por hacer un llamamiento á la libertad. ¡Pura táctica! Son reyes y emperadores los que hablan; ¡y han tenido jamás los príncipes otro móvil de su conducta que el interés? Vamos á oír la coalición de 1805; sus miras eran en el fondo las de 1813, las que prevalecieron en el congreso de Viena. Un célebre ministro, Pitt, fué el alma de la liga; hubiera querido unir la Europa entera contra Napoleón, mejor dicho, contra la Francia. En 1813, los coligados ostentaron los más generosos sentimientos por la nación francesa; no hacían la guerra más que á un hombre solo, decían. Pitt hará saber cuál fué el verdadero pensamiento de la coalición.

El tratado de 1805 contenía artículos manifiestos y artículos secretos. Nada más hermoso que la parte destinada á la publicidad. La Inglaterra y la Rusia convenían en emplear los medios más pronto y más eficaces para formar una liga de todos los Estados de la Europa, á fin de restablecer la

(1) *Memoires et lettres inédites du chevalier de GENTZ*, p. 6.

paz y el equilibrio general. Para alcanzar este fin, los coligados se proponían arrebatar á la Francia todas las conquistas que había hecho desde la Revolución; después querían fundar en Europa un orden de cosas que pudiese garantizar eficazmente la seguridad y la independencia de los diversos Estados y evitar toda usurpación futura. El fin no puede ser más legítimo. ¿Pero los medios? Gentz dice que lo que viciaba las coaliciones era que sacrificaban el derecho al interés. ¿Acaso es la idea del derecho lo que inspiraba á los coligados de 1805?

Hay en política derecho y derecho. ¿Era el derecho de los príncipes el que la coalición europea de 1805 quería proteger? En este caso hubiera sido necesario volver pura y simplemente al estado de cosas que precedió á la guerra. Los coligados lo hacían, pero imperfectamente, para ciertos Estados, las Provincias Unidas, la Suiza, la Cerdeña, la Toscana, Módena y el reino de Nápoles. Faltaban los Países Bajos austriacos, la orilla izquierda del Rin, las repúblicas de Génova y de Venecia, el reino de Italia, incluso las Legaciones, en fin, Parma y Plasencia. ¿Por qué no devolver esos países á sus antiguos dueños? Se les destinaba á engrandecer el Austria y la Cerdeña, así como la Prusia, si accedía á la coalición. ¿Con qué derecho? Si es por el derecho monárquico, ¿no se debían restaurar los electores eclesiásticos? ¿No se debía restituir al papa las tres Legaciones? ¿Y por qué sacrifican Venecia y Génova? Porque eran repúblicas. Pero la Suiza también era una república; además, cuando se trata de posesión, el derecho de las repúblicas es tan sagrado como el de los reyes. ¿Qué sería si invocásemos el derecho verdadero, el de los pueblos? Los Belgas, los Renanos, los Genoveses y los Italianos, de los cuales se disponía sin ellos y contra ellos, ¿no podían preguntar á los coligados con qué derecho los trataban como rebaños? ¡Qué! los aliados hacían un crimen á Napoleón haber reunido Génova á la Francia, y ellos anexionaban los Genoveses á la Cerdeña. Gentz, el publicista de Viena, dice que la reunión de la república de Venecia al Austria fué un abuso de la fuerza de que ella misma se avergonzaba, y ahora recibía no tan sólo Venecia, sino las Legaciones y la Lombardia, sin escrúpulo ninguno. Hé ahí el derecho tal como lo entendía la coalición. Ciertamente, cuando repartía la Europa como una

tierra vana y vaga, tenía mala gracia el hacer reproches á Napoleón.

No se detenía ahí el desprecio de los coligados por el derecho de los pueblos. Había artículos secretos en el tratado de 1805. No se contentaba la coalición con reducir la Francia á los límites del 92, sino que mermaba su territorio; cedía el Delfinado y Lyon al rey de Cerdeña. Una vez medida en esta vida de expoliación, ¿en dónde se pararía? No conocemos todas las estipulaciones secretas; los gabinetes interesados tienen buen cuidado de no publicarlas. El Austria no era parte en el tratado. Se conocía su voracidad. ¿No hubiera reclamado la Alsacia y la Lorena? ¿La coalición tramada por Pitt y Alejandro, conducía á un reparto de la Europa, del cual la Francia hacía el gasto? En verdad, no dejan de tener razón los historiadores franceses al decir que el tratado de 1805 es el más sangriento ultraje que se haya hecho á la dignidad y á la independencia de un gran pueblo. No les falta razón al decir que la coalición dirigida contra la Francia mucho más que contra Napoleón, legitimaba todas las conquistas, todas las usurpaciones y hasta la locura del emperador; porque amenazada en su territorio natural, amenazada en su influencia y su honor, no quedaba á la Francia y á su jefe más alternativa que el desmembramiento ó la conquista de Europa (1).

El tratado de 1805 revela el espíritu de coalición; es el mismo espíritu de los copartícipes de la Polonia. No hacemos de ello una excusa para Napoleón; un latrocinio injusto no justifica otro. Pero es bueno hacer constar los hechos para que las naciones aprendan lo que es la política de los reyes, la política del interés. Que eviten el irritarla el día en que sean soberanas, porque la política del interés es la negación del derecho, es el reinado de la fuerza; y en dónde estará entonces la garantía de las naciones? La historia va á responder á nuestra cuestión; si los reyes no han aprovechado sus enseñanzas, que los pueblos saquen su provecho de ella, porque se trata de su libertad, de su existencia.

En 1805, las Provincias Unidas formaban aún una república; iban á ser transformadas en reino

(1) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de la Europa durante el Consulado y el Imperio*, t. II, p. 47-51.—SCHOBEL, *Historia de los tratados de paz*, t. VII.

en interés de la casa Bonaparte. Era un abuso de la fuerza, y hubiera por sí solo justificado una coalición, bien entendida, con tal que los coligados no imitasen al usurpador. ¿Es así como lo entendía la alianza de 1805? Mr. Thiers afirma, fundándose en documentos auténticos, que Pitt ofreció la Holanda á la Prusia para inducirla á entrar en la liga (1). Nosotros preguntamos: ¿quién es el más culpable, el emperador ó el ministro inglés? Francia por lo menos tenía una apariencia de derecho sobre la Holanda, pues que habían sido sus ejércitos los que habían arrojado la casa de Orange. ¿Dónde estaba el derecho de la Inglaterra? ¿Dónde estaba el derecho de la Prusia? ¿Cuestión de conveniencia y de interés! ¿Es decir, desprecio del derecho de las naciones!

¿Por qué se manifestaba tan generosa con la Prusia, cuando en 1814, cuando se trató de distribuir los despojos del gran imperio, se los escatimó? Porque en 1805, Napoleón y los coligados se disputaban la alianza de Federico Guillermo. El emperador le ofreció el Hannover: "Es un regalo, escribe á Talleyrand, para inclinar la Prusia á pronunciarse en mi favor," (2). Escribió al rey: "La adquisición del Hannover es geográficamente necesaria á V. M.," (1). ¿Cómo rechazar semejante regalo? ¿Cómo no reconocer tan apremiante necesidad? Lo que decidió al rey á aceptar fué que la Rusia hacía uso de la violencia para unirle á la coalición. Lisonjeó primeramente á Federico Guillermo diciéndole que se trataba de libertar á la Europa. Pero como este débil príncipe no llegaba á tomar una resolución, lo quiso arrastrar á pesar suyo, dándole á entender que su neutralidad era imposible, y que en caso necesario se recurriría á la fuerza. Cuando los coligados lo amenazaban, mientras Napoleón le hacía regalo de un reino, no había que balancear. Es cierto que el joven rey pasaba por probo, y se llamaba á su ministro de Hardemberg, el ministro bien pensador. Los historiadores alemanes no dejan de decir que el rey de Prusia tuvo escrúpulos. Sucede con los escrúpulos de los reyes como con las buenas intenciones con que se halla empedrado el infierno, ceden ante la tentación. Se

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIII (tomo II, p. 69).

(2) Carta del 4 fructidor, año XIII (*Correspondencia de Napoleón*, t. XI, p. 129).

(3) Carta del 23 de Agosto de 1805 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XI, p. 140).

halló una forma que salvaba el honor prusiano ante la Europa. Nada más ingenioso; es Mr. Thiers el que habla: "El rey de Prusia debía, en interés de la paz, que era, se decía, una necesidad de todas las potencias, declarar á qué condiciones le parecería suficientemente garantizado el equilibrio de la Europa, enunciar sus condiciones, y dar en seguida á comprender que se pronunciaría por aquellos que las admitiesen contra aquellos que las rechazasen; lo que significaba que haría la guerra á medias con la Francia para ganar el Hannover," (1).

¡Qué hermosa invención es la diplomacia! ¡Y cuánta razón tiene Montesquieu en decir que el honor es el principio de las monarquías! Aceptar francamente el Hannover como condición de la alianza francesa; ¡Hubiera sido cosa infame! ¡Pero tomar el Hannover, fingiendo ser un mediador, un pacificador; es decir, añadir la hipocresía y la codicia á la violencia, eso satisfacía completamente el honor real! Tenemos, pues, al rey de Prusia, aliado de Napoleón, y lleno de honra. La alianza no duró mucho tiempo. Alejandro de Rusia tenía más influencia en la corte de Berlín que Federico Guillermo. Había un medio muy sencillo para ganar al rey. La coalición le dió también el Hannover; esto era lo esencial para la ambición prusiana. Además conservaba la forma ingeniosa de la mediación, sólo que el rey cambiaba las condiciones de la paz. En el tratado con Napoleón, estaban estipuladas en provecho de la Francia, mientras que en el tratado con el czar, eran dictadas por la coalición. Tal fué el tratado firmado en Postdam el 5 de Noviembre de 1805 (2).

Cuando el rey firmó las declaraciones de Postdam, esperaba que la coalición sería victoriosa: envió á d'Haugwitz á Viena para cumplimentar al emperador de Austria. Con gran sorpresa suya el enviado prusiano encontró allí al vencedor de Austerlitz. Como hábil diplomático, dirigió su cumplimiento cambiando el encabezamiento. D'Haugwitz hizo más que eso; trajo de Schœnbrun un tratado de alianza con Napoleón. La Prusia acaba de hacer traición á la Francia en Postdam en interés de la Europa. Y en Viena hizo defección á la Europa en provecho de la Francia, mejor dicho, de Napo-

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXII (tomo II, p. 17 y siguientes).

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIII (tomo II, p. 68).

león. Y cada vez el precio de la traición era el Hannover. Mr. Thiers, de quien tomamos esos hechos, añade que los coligados no tenían de qué quejarse, que el rey de Prusia los trataba como se trataban entre sí (1). Así, pues, la violencia y la traición estaban á la orden del día en el campo de la coalición; y, sin embargo, según ella, tomaba las armas para libertar á la Europa de las violencias de Napoleón.

El tratado de Schœnbrun era una alianza ofensiva y defensiva, celebrada con el emperador en el momento en que la Prusia iba á entrar en la coalición, en el momento en que se esperaba ver á Napoleón caer como el rayo sobre Berlín. ¡A los ojos de la diplomacia, este era un golpe maestro! Pero las naciones no son diplomáticas; el pueblo prusiano, á pesar del regalo del Hannover, sentía profundamente la vergüenza de una alianza comprada al precio de una traición. El rey trató de conciliar lo que era inconciliable, su honor y la alianza con Napoleón, á costa del Hannover. Federico Guillermo se negó á ratificar el tratado de Schœnbrun, y se puso á negociar; pero cuanto más negociaba, más empeoraba su condición, impacientando, ofendiendo y exasperando al omnipotente emperador. Para desarmar á la opinión pública, colmando, por decirlo así, la avidez prusiana, el rey pidió además del Hannover, las ciudades Anseáticas (2). ¡Eso parece increíble, imposible! ¡Cuántas quejas, cuántas declamaciones hubo contra el decreto imperial que dió las ciudades Anseáticas á la Francia! ¡Y los coligados excedieron á Napoleón! Decididamente el derecho de la coalición no difería en nada del derecho del emperador, la fuerza reinaba en Europa.

Hay que añadir á eso la deslealtad y la perfidia. La Inglaterra fué la aliada constante del Austria. Ahora bien, todo el mundo sabe cuánto les interesaba el Hannover á los reyes de Inglaterra; la Gran Bretaña era para ellos el accesorio de su electorado. Jorge hubiera preferido ceder todas las islas Británicas antes que su principado alemán. Sin embargo, ¿quién lo creería?, después de la batalla de Austerlitz, obligada el Austria á hacer cesiones de territorio en perjuicio de sus archiduques,

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIII (tomo II, p. 113 y siguientes).

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIV (tomo II, p. 128).

pidió como compensación el Hannover (1). Añadamos, para terminar la comedia, que Napoleón pretendía restituir el Hannover á la Inglaterra, cuando lo regaló á la Prusia. Esta concluyó por aceptarlo á condiciones más onerosas que las de Schoenbrun. Napoleón lo dió con la intención de volverlo á tomar. El mismo lo confiesa en una carta á Talleyrand, y dice: la razón de ello es que la conducta de la Prusia atestiguaba que no podía obtenerse de ella un concurso sincero y eficaz. Añade que es preciso dejar algo que tomar á la Prusia en el caso en que se vea obligada á restituir el Hannover á la Inglaterra: "Las posesiones de Napan, de Fuld, de algunos príncipes de Waldeck, y hasta de algunos príncipes de Sajonia, son muy á propósito para hacerle esa competencia," (2). Los historiadores alemanes gritan que es una traición. ¿Acaso en compañía de los reyes se tiene el derecho de hablar de buena fe? Digamos con el honrado Schlosser, "que los príncipes alemanes merecían ser tratados como esclavos, pues que sus sentimientos eran de esclavos," (3).

N.º 2. — Los coligados.

I

Nada de más legítimo que las coaliciones formadas contra una potencia preponderante. Y si alguna vez ha habido un poder peligroso ha sido el de Napoleón. Una raza militar en manos de un hombre de guerra incomparable, y además la influencia inmensa de la Revolución, había que hacer temblar á la Europa. Si se hubiera tratado sólo de los pueblos, no haríamos más que aplaudir sus heroicos esfuerzos para proteger el más precioso de los bienes, la independencia nacional. Pero los pueblos no estaban directamente en juego; aquí dominaba la aristocracia, allá el poder real del antiguo régimen. Es decir, que la fuerza reinaba en todas partes. Por este título los coligados no tenían nada que echar en cara á Napoleón; no eran dignos de defender la libertad de la Europa contra

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIII (tomo II, p. 112).

(2) Carta del 31 de Mayo de 1806 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XII, p. 509).

(3) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. IV, página 737.

el conquistador que aspiraba á la monarquía universal.

La Inglaterra fué el alma de las coaliciones. Acusaba á Bonaparte de ambicionar la dominación del continente, y tenía razón. A su vez el emperador acusaba á los Ingleses de ejercer una verdadera tiranía en la inmensidad de los mares, y tenía igualmente razón. El famoso decreto de Berlín es una acta de acusación contra las usurpaciones de la Inglaterra. Citaremos algunos rasgos de él: "La Inglaterra no admite el derecho de gentes universalmente seguido por todos los pueblos civilizados. En efecto, reputa como enemigo á todo individuo que pertenece al Estado enemigo, y, en su consecuencia, hace prisioneros de guerra, no tan sólo á las tripulaciones de los buques de guerra, sino también á las tripulaciones de los buques de comercio y mercantes, así como á los factores de comercio y los negociantes que viajan por asuntos de su negocio. También extiende á los buques y mercancías del comercio, y á las propiedades de los particulares, el derecho de conquista que no puede aplicarse más que á lo que pertenece al Estado enemigo." Nada caracteriza mejor el despotismo marítimo de la Inglaterra que sus pretensiones en punto á bloqueos: "Extiende á las ciudades y puertos de comercio no fortificados, á las radas y á las desembocaduras de los ríos, el derecho de bloqueo que, según la razón y el uso de todos los pueblos civilizados, no es aplicable más que á las plazas fuertes. Declara bloqueadas algunas plazas, delante de las cuales no tiene un solo buque de guerra, y aun cuando una plaza no está bloqueada más que cuando se halla de tal modo cercada que no se puede intentar aproximarse á ella sin un peligro inminente. Declara también en estado de bloqueo algunos lugares que todas sus fuerzas reunidas serían incapaces de bloquear, costas enteras y todo un imperio." ¿Cuál era la razón de esos abusos y de esos excesos? "Era, responde Napoleón, la de impedir las comunicaciones entre los pueblos, y levantar el comercio y la industria de la Inglaterra sobre la ruina de la industria y el comercio del continente. Esta conducta, digna en todo de las primeras edades de la barbarie, ha sido provechosa á la nación inglesa, con detrimento de todas las demás..." (1).

(1) Decreto del 21 de Noviembre de 1806, inserto en la *Correspondencia de Napoleón*, t. XIII, p. 632.

Esos reproches son duros, pero la cuestión es de saber si son merecidos. La tiranía marítima de los Ingleses es una opinión popular en Francia, aun entre los enemigos declarados de Napoleón. Un historiador, que pertenece por su nacimiento y por sus opiniones á la restauración, el abate de Montgaillard, dice respecto al decreto de Berlín: "Si el gabinete de San James tiene razón de señalar la ambición invasora de Napoleón, no tenía tampoco escrúpulo en violar los usos consagrados por la civilización europea; monstruoso abuso de la violencia, el código de esos insulares es una piratería imitada de los filibusteros y de los Argelinos." No son solamente los Franceses los que tienen este lenguaje. Un americano de raza inglesa, y de una equidad á la cual rinde homenaje el universo, Franklin, habla como el abate de Montgaillard: "Como nación guerrera, dice, á Inglaterra le gustan las conquistas; como nación ambiciosa codicia la dominación, y como nación comercial es ávida de una ganancia exclusiva." Los Ingleses mismos reconocen sus orgullosas pretensiones. Á principios del siglo XVIII, Bacon decía: "El mar es una especie de monarquía universal que la naturaleza parece haber dado en dote á la Gran Bretaña," (1).

De modo que la ambición de la Inglaterra era tan vasta como la de Napoleón; más vasta aún, pues que no tenía otro límite que la inmensidad del Océano. La monarquía universal es siempre la obra de la violencia y conduce al abuso de la fuerza. Los ingleses rivalizaban en excesos con el emperador. Diríase que estaban celosos de confirmar las acusaciones que el decreto de Berlín lanzaba contra ellos. Por esta época tuvo lugar el bombardeo de Copenhague, uno de los atentados más odiosos de que hace mención la historia, tan rica en crímenes. Dinamarca estaba en plena paz con la Inglaterra; las relaciones de ambos pueblos eran tan amistosas, que más de trescientos buques daneses, la tercera parte de la propiedad comercial del reino, se hallaban cargando en los puertos de la Gran Bretaña. Sin embargo, el gabinete británico teme ó afecta temer que la flota danesa, encerrada en el puerto de Copenhague, reduzca la ambición de Bonaparte; es el nombre que continúa dando al emperador. Teme que Napoleón obligue

(1) MONTGAILLARD (abate de), *Historia de Francia desde el reinado de Luis XVI* (t. VI, p. 294).

á Dinamarca á entrar en su liga contra Inglaterra. Un día, sin declaración de guerra, una flota imponente, bajo las órdenes del almirante Gambier, se presenta delante de Copenhague, pide que la flota danesa le sea entregada, y á la negativa del príncipe regente, bombardea é incendia la ciudad, penetra por fuerza en el puerto y se lleva los buques (1).

El gabinete de Londres creyó deber justificarse. Léese en la declaración del 25 de Septiembre de 1807: "S. M. había sido informada de la manera más positiva de la resolución tomada por el jefe actual de la Francia, de ocupar el territorio del Holstein, á fin de cerrar á la Gran Bretaña los canales ordinarios de sus comunicaciones con el continente; de inducir ó de obligar igualmente la Dinamarca, á cerrar el paso del Sund al comercio y á la navegación de la Inglaterra, y de asegurarse de este modo de la marina danesa para operar un desembarco en el territorio británico... S. M. se halla sincera y dolorosamente afligida que haya sido preciso recurrir á las armas para un acto necesario á la seguridad de sus dominios. El estado y las circunstancias actuales del mundo han exigido esas medidas de propia conservación," (2).

Un escritor inglés se ha encargado de contestar á esas malas sutilezas (3). El gabinete británico no ha publicado nunca los informes positivos que le daban á conocer la política del emperador; nunca ha dicho el origen de donde los tenía. ¿Es por un rumor desprovisto de toda prueba por lo que va á bombardearse la capital de un Estado neutral y apoderarse de su flota? Que hubiese pensado Napoleón en arrastrar la Dinamarca en su sistema, lo admitimos; hasta supongamos que tuviese el proyecto de obligarla á ello, ¿autorizaba ese proyecto á Inglaterra á adelantarse á él, á intentar un golpe de mano por su cuenta? ¿Desde cuándo un latrocinio, mejor dicho, el temor de un latrocinio permite á otro bandido el consumir el atentado en su provecho? La Inglaterra tenía pruebas positivas del designio del emperador. Queremos creerlo. Si eso es cierto, no tenía más que enviar una flota á

(1) JEAN REYNAUD, en la *Enciclopedia nueva*, en la palabra Canning (tomo III, p. 207 y siguientes).

(2) SCHOLL, *Historia de los tratados de paz*, t. IX, p. 71-74.

(3) *Edinburgh review*, January, 1800: "An examination of the causes which led to the late expedition against Copenhagen, by an observer."